

BODAS DE ORO DEL SIMÓN BOLÍVAR



ROBERTO MACÍAS CUÉLLAR
Matrícula No. 1 del Colegio (1951)

Al celebrar las Bodas de Oro del Colegio Nacional Simón Bolívar de Garzón, me siento profundamente orgulloso de figurar como el primer alumno matriculado en ese prestigioso plantel, honor que se acrecentó cuando me dieron la extraordinaria oportunidad de estampar mi firma en la primera piedra para la construcción de su sede propia, en el barrio Nazareth.

El origen de mi figuración como primer alumno matriculado en el naciente establecimiento educativo no se debió al azar. Por el contrario, se debió al gesto de reconocimiento que las personalidades y las autoridades de Garzón hicieron a mi padre, Roberto Macías Cabrera, por su participación y esfuerzos para la creación del Colegio. Quiso la Providencia que el testimonio agradecido de las gentes de mi pueblo me ofrecieran esa posibilidad que yo también agradezco.

Por razones que no es del caso mencionar, mi estadía en el Colegio fue solamente durante el primer año de su funcionamiento. Pero quedan en la memoria los viejos amigos y compañeros y los muy gratos momentos vividos en el viejo caserón diagonal al galería, sobre la carrera 11 con calle 7ª, con sus columnas rectangulares de madera que sostenían el sobrio andamiaje de las dos plantas y el techo de teja española a dos aguas.

Desde la segunda planta, con crujiente piso de madera, y desde sus barandas de cruces diagonales, podíamos observar los caballerosos juegos de basquetbol sobre el sector norte, paralelo a la calle 7ª. Dos hileras de cables que atravesaban el campo a lo largo, de cancha a cancha, de las cuales pendían varios "plafones" de latón, servían de sostén y de protección a los bombillos que permitían los esporádicos juegos nocturnos, que eran todo un espectáculo en la bucólica Garzón de mediados del siglo XX.

Quiero expresar mis más sinceros sentimientos de gratitud a quienes de una u otra manera hicieron posible la idea de muchos garzoneños, mi padre entre ellos, para que Garzón tuviera su Colegio Nacional. Por supuesto, al doctor Antonio Álvarez Restrepo, Ministro de Educación que

acogió de inmediato la idea, al Ministro de Gobierno que representaba al Huila en el Gabinete Presidencial, doctor Luis Ignacio Andrade, ilustre hombre público y después religioso, que siempre contó a mi padre entre sus dilectos amigos y que fuera muy importante en la gestión gubernamental para hacer realidad la institución que cumple su medio centenario.

Y por supuesto, mi reconocimiento a su primer Rector, José Manuel Urrea, y a quien le sucedió a partir de julio del 51, don José Manuel Silva Gutiérrez, verdaderos forjadores que plantaron la semilla de ese gran árbol de la cultura y el conocimiento que durante medio siglo ha permitido el crecimiento de las juventudes huilenses y de buena parte de los colombianos.

Bogotá, D.C, mayo de 2001